

cuando ¡oh miseria humana! ¡oh fuerza incontrastable del sino! al abrir la cómoda para sacar una corbata, la puerta se resiste, él forcejea.... nuevo tiron, y la puerta sigue haciéndose de pencas. Guillermo suda, toma resuello, reúne todas sus fuerzas y vuelve á tirar; entónces (la pluma se resiste á escribirlo) le faltan los piés, resbala, cae y, como todo hombre grande, arrastra varias cosas en su caída. La mesa cae, y de consiguiente todo lo que sobre ella habia: cae el tintero y una cascada de negro licor se precipita sobre la tersa y alba superficie de los pantalones; cae la jarra, y el agua inunda la pechera del cuitado paladin; cae la alfajaina, y el agua que contenia llena hasta el borde las lucientes botas, en tanto que la vasija misma se instala *sans-façon* sobre la cabeza de nuestro héroe, guarneciéndola con un yelmo parecido al del afamado Mambrino..... Guillermo ruge, pateo, logra por fin ponerse en pié y contempla con la calma de la desesperacion aquel horroroso cataclismo. ¿Quién podrá pintar la amargura de su dolor? ¿quién podrá trasladar al papel sus sentidas quejas? A fé mia que lo ignoro, y puedo afirmar solemnemente que no seré yo quien tal intente,

porque esa empresa, buen rey,
para mí no está guardada.

—¿Y piensa vd. dar fin con eso al cuento?

ANTIGUOS Y MODERNOS.



SIEN se propusiere consultar la historia para saber lo que merece sobre la tierra el nombre de antiguo, haria ciertamente un tratado curioso, pero bien pronto se encontraría detenido su pensamiento por un obstáculo insuperable, pues que segun todas las apariencias, el origen del mundo y su antigüedad quedarán cubiertas con un velo que jamas se descorrerá. Tal vez el mundo no es tan viejo, acaso no ha pasado aun de su juventud; y su vida no es mas que en un débil principio si la consi-

—Sí señor.
—Pues á fé mia que no he visto cosa mas substancial. No tiene piés ni cabeza....
—Ese es su mérito principal. Esa es la prueba irrefragable de que va con el siglo.
—Pero díganos vd. por lo menos cuál fué el motivo del enojo de Julia.
—De muy buena gana.... Sepa vd. que Julia calculó sus intereses y abandonó el romántico amor del elegante Guillermo por atenerse á los patacones de un charrito inocente del interior.
—¡Pícarona! ¡preferir el dinero á las prendas personales de tan hermoso figurin! ¿y Guillermo?
—Oh! Guillermo se consoló con mucha facilidad. Mirele vd. allí vá *frais, joli, pimpant, cravaté á désesperer toute la Croatie*, como dice Balzac en una de sus novelas; creame vd., amigo mio, el alma de un petimetre es de verdadera goma elástica.
—¿Y dígame vd., toda la sociedad se compone de *Dandys fatuos*, y de coquetas interesadas!
—¡Cielo santo! ¡qué blasfemia! No señor, ni por pienso; eso es falso de toda falsedad. ¿Sabe vd. que es lo que hay en realidad acerca de esto? Que Dios nos envia lo malo para que lo bueno tenga un término de comparacion.

México mayo 9 de 1844.

AGUSTIN A FRANCO.

deramos con respecto á la duracion que debe tener; pero remontándose todo lo posible en lo pasado en busca de términos de comparacion con lo presente, habria que debatir una cuestion grave y admirable; la de la superioridad moral entre los hombres de otra época y los de la presente. Qué vastos conocimientos, qué saber tan profundo, qué carencia de pasiones, que independecia de espíritu, cuántas luces y que juicio tan recto exige semejante exámen. Y apesar de todas estas condiciones, aun le faltarian al juez de la raza humana los documentos necesarios; ¿pues como puede saberse lo

que era el hombre al salir de manos de la naturaleza, y lo que ganó en las primeras relaciones del estado social? La civilizacion cuando ha llegado á cierto punto, ha debido producir cambios inmensos; ¡pero cuántos eslabones le faltan á la cadena de las observaciones, desde el nacimiento del mundo hasta la época actual! ¡Cuántos pueblos é imperios han perecido, acerca de los cuales nada sabemos! y en cuanto á los que conocemos, ¿estamos seguros de la verdad de los hechos?

La tradicion nos enseña, acerca de los Egipcios, por ejemplo, las cosas mas contradictorias: por una parte nos presenta ejemplos de una gran sabiduria, reyes regidos por leyes inmutables, y juzgados despues de su muerte como en un país libre, en que no hubiese mas magestad que la del pueblo; y por otra, una teocracia dominante, sacerdotes soberanos, bellaquerias sagradas, en fin, un culto emblemático que ocultaba verdades útiles y generales, alusiones á las cosas mas hermosas de la creacion y á los beneficios mas nobles de la naturaleza; pero degradando á la divinidad por las imágenes mas viles, y no obstante se conviene en dar al Egipto el nombre de culto; mas ¿cómo podriamos dar la razon de este elogio unánime? Y sobre todo, ¿cómo podriamos establecer, bajo el punto de vista de la buena moral, un paralelo entre los adoradores de Osiris y de tal ó cual otro pueblo moderno? Se ha dicho y frecuentemente se repite en nuestro siglo, que el cristianismo ha mejorado singularmente la condicion humana; de esta observacion, que miro como cierta, resulta la consecuencia necesaria de una perfeccion moral; no obstante, hay mas de una cosa que considerar ántes de poder adoptar esta opinion sin conocimiento de causa, ¿cual era, por ejemplo, la situacion moral de los pueblos, á quienes las culpables conquistas de la España llevaron la desolacion, la guerra y la religion cristiana? Y los herederos de los nuevos creyentes son mejores, mas dulces, mas hospitalarios, ménos entregados á los vicios y ménos arrebatados por la violencia de las pasiones, que sus ascendientes? Los cristianos de México y del Perú, sometidos aun no ha mucho, á los representantes de un príncipe estrangero, eran mas felices y en consecuencia mas virtuosos que los idólatras gobernados por caciques nacidos entre sus súbditos? Dirijamos nuestras miradas sobre otro pueblo. La China poseyó en Confucio y en otros filósofos como este, hombres de doctrina mas sencilla, costumbres mas puras y acaso mas útiles á la humanidad, que to-

dos los sabios de la Grecia, que como Solon y Pitágoras, aplicaron la moral al arte de gobernar, y que como Fenelon, quisieron formar préviamente el corazon de los reyes. Segun la tradicion, en ningun país se contarían tantos príncipes virtuosos como en la patria de Tien-Long. Hace algunos siglos que los chinos se abstienen de la gran locura, ó mas bien execrable furor, que llamamos guerra; para ellos la gloria no consistió en matar á los hombres, sino en multiplicar su número y darles alimento. Debemos investigar con curiosidad los efectos producidos por el concurso de tan felices circunstancias. ¿Qué sería el pueblo chino, regido por Sócrates coronados, por leyes cuya sabiduria se ensalza y por costumbres inmutables, que en nada altera el contagioso comercio de los demas pueblos? Hé aqui, ciertamente materia para una profunda meditacion, y este punto de comparacion merece tanta mayor reflexion, cuanto que la religion cristiana no ha podido echar profundas raices en este país. Nacerian de aquí las consideraciones mas grandes y curiosas, pero aun nos encontraríamos detenidos por falta de elementos necesarios para la conviccion. La Europa no conoce á la China sino como á cualquiera otro pueblo que ya no exista, como á Cartago, por ejemplo, cuyos anales destruyó Roma celosa: pero dejemos á un lado esta cuestion, que exige tantos conocimientos que no poseemos, y limitémonos al proceso de los antiguos y los modernos, que despues de haber hecho tanto ruido en el siglo XVII, cayó repentinamente como la encarnizada guerra de las abejas, en el libro 4.º de las *Geórgicas* (*pulveris exigui jactu.*)

Nuestros conocimientos en punto á datos positivos, sobre la historia sabia y literaria de los diversos pueblos, nos obligan á circunscribirnos entre los griegos y los romanos, únicos que podemos poner al frente de los pueblos modernos; pero ante todo, es preciso dividir la cuestion de superioridad en dos partes bien diferentes, y poner de una las ciencias y de otra las artes y las letras. Se puede y aun se debe creer que el mundo ha conocido muchas cosas, que las lagunas de su historia nos han impedido colocar en el rango de los conocimientos adquiridos; muchas veces no hacemos mas que volver á encontrar invenciones cuyo recuerdo ha perecido en medio de los trastornos terrestres; pero limitándonos á los dos pueblos que han servido de modelos á todas las naciones europeas, nos será imposible no conocer la superioridad de

los modernos sobre los antiguos. La historia sola de la astronomía nos muestra una serie de conquistas que manifiesta progresos no interrumpidos; el universo es cien veces mayor para nosotros, que lo que era para los griegos y romanos, y á pesar de nuestros recientes descubrimientos, acerca de los conocimientos astronómicos del Egipto, Newton, comparado con los astrónomos antiguos, se asemeja á un Dios que ha explicado la existencia del mundo, que tan ingeniosas y sutiles hipótesis habian envuelto en las tinieblas. La química es una ciencia del todo moderna, y la física, así como las matemáticas, han hecho progresos inmensos. El arte de la navegacion, en el cual los modernos han desplegado todo su ingenio, bastaria para manifestar una inmensa superioridad sobre los antiguos, quienes en general, con relacion á las ciencias, eran niños, y los modernos son hombres. El mundo de las ciencias era estrecho para los antiguos, así como el mundo terrestre y el celeste que tanto han aumentado los descubrimientos de los modernos. Nada mas juicioso que las reflexiones de Marmontel acerca de la cuestion que nos ocupa, con relacion á las artes. „El paralelo de Perrault por lo relativo á las artes, es el de un hombre ilustrado, pero que presume mucho de sus fuerzas ó se entrega demasiado á la adulacion: en vano los modernos siguiendo la opinion de este, han creído que pueden aumentarse las bellezas de la arquitectura antigua, este prodigio no ha llegado aún para nosotros; se ha dado á los edificios mas gracia y comodidad, esto es obra de la esperiencia, pero no ciertamente mas elegancia ni magestad; el ingenio ha quedado por parte de los griegos.” Esto lo testifica la estatuaria, en la cual nuestras mejores producciones no pueden ni por un momento compararse con sus obras maestras. Pero porqué progresion de ideas, porqué serie de reflexiones, porqué dichas inspiraciones los griegos pudieron transformar los monstruos divinizados del Egipto en seres sobre naturales, hechos á imagen del hombre, y no obstante dotados de una belleza suprema, y cuyas formas variadas vinieron á ser el tipo de cada uno de los dioses que Atenas habia adoptado? ¿Qué distancia hay del Buey Apis á Júpiter, y de Iris á Venus! ¿Cómo ha sido salvada? La pintura moderna mas feliz que su hermana, no teniendo que temer la aparicion de las maravillas antiguas, puede hacer dudar de la superioridad de los Zeuxis y de los Protógenes: las escuelas italiana, flamenca y francesa, pueden presentar una inmensa galería

de producciones que multiplicadas por medio del grabado, causarán la admiracion del mundo, aun cuando la mano del tiempo haya borrado los colores y destruido hasta la tela que el ingenio imprimió sus rasgos, y desahogado luego podemos creer que Rafael y Miguel Angel, Rubens y el Dominiquino, Salvador Rosa y Vernet son hombres divinos, sin iguales en antigüedad, la cual podemos creer que no poseyó jamas un pintor filósofo como Poussin. Si se examina la cuestion solo por lo relativo á las letras, no carece de dificultades, pues para resolverla es preciso tener la balanza igualmente entre las superioridades que exigen la mas atencion. Los caracteres distintivos de la escuela griega, son la naturalidad, la sencillez, grandezza sin esfuerzo y la imaginacion: Júpiter conmoviendo al mundo, al fruncir el sobrecejo, este mismo dios sonriendo con Venus, una gracia particular, y perfumando al Olimpo con un aroma de ambrosia, exhalada de su inmortal cabellera; he aquí la imagen perfecta del verdadero genio brillante de los griegos, casi siempre guiados por la naturaleza, pero su buen juicio tenia sus eclipses, y su delicado gusto algunos momentos de rusticidad. Los amigos de las fábulas, las admitieron sin ningún discernimiento, las declamaciones no se raras entre ellos, y no hay ninguna excusa para ciertas tosquedades, que se permiten sin scrúpulo: así las inculpaciones de Admeto á los autores de sus dias, y las injurias de Hipólito contra todas las mugeres, lastimarán siempre á la razon.

Los romanos á quienes fueron por largo tiempo desconocidas las letras, lo han tomado de los griegos, y frecuentemente no son mas que un pálido reflejo de un original de brillantes colores y lleno de armonía; pero se dirá que el segundo de estos pueblos tenia sentidos y facultades que le faltaban al primero; jamas la gravedad romana, ni aun cuando la molición de las costumbres habia debilitado los ingenios ocupado á las almas con dulces imágenes voluptuosas, pudo tomar la mezcla de naturalidad é imaginacion, de realidad y ficción, ni aquella delicadeza y jovialidad que brillan siempre entre los griegos. Virgilio, y aun el mismo Horacio, tienen algo de severo y sobrio al lado de las escenas risueñas que el patrio Eurípides ha puesto en los coros de sus tragedias. Por naturaleza duros, acostumbrados á padecer sin quejarse, descendientes de Bruto que sacrificó sus hijos á la patria, destronados á los reyes con indiferencia y derribando el imperio, sin que los conmoviese tan solo

un instante el ruido de su caída, la piedad les era casi desconocida; y así no se encuentran en su teatro ni los dolores profundos de Hécuba, Priamo y Clitemnestra, ni la desesperacion de Andrómaca, ni los tiernos sentimientos de Polixenes y Efigenia, ni las lágrimas del niño Orestes, que ruega para que no se dé muerte á su hermana; y finalmente, ni aquella adhesion á la patria, que se mezcla á las mas dulces afeciones del corazon y aun al amor de la vida; sentimiento natural en todas las edades, y sobre todo, en la juventud. No obstante, Terencio arrancó algunas lágrimas á los feroces hijos de Rómulo. Virgilio, nacido con una alma melancólica, vino á enternecerlos con Andrómaca, Niso y Eurialo, con Lauso y Pallas; pero mucho mas aún con el jóven Marcelo, delicia de la corte de Augusto y esperanza del pueblo. La sensibilidad de Eurípides es mas profunda que la de Virgilio, pero los presentimientos y los dolores de Evandro no tienen semejanzas en todas las tragedias del autor de Hécuba. Virgilio no tenia ni el ingenio ni el buen juicio que Homero, pues que tomando la Iliada y la Odisea para formar un solo poema, no hizo mas que una composicion defectuosa, cuya primera parte destruye á la segunda. Las mayores bellezas de Virgilio son faltas á los ojos de la razon; pero no obstante, quién osaría manifestar el voto casi impio de que estas faltas no hubieran sido cometidas? Si Homero tiene escenas mas grandes que las del libro segundo de la Eneida, ¿dónde puede encontrarse en él una tragedia semejante á la muerte del pueblo Troyano? Todo allí es bello, verdadero, sencillo, y no obstante, magnífico. El terror y la piedad no podrian llevarse mas allá, y las impresiones que producen no resultan como en Eurípides de suposiciones inverosímiles, ó debilitadas por una rápida sucesion de movimientos que se contrapesan y se borran. La pieza gira en un orden admirable, y el interés se aumenta hasta el desenlace: así todo poeta dramático que medite el libro segundo de la Eneida, debe estar seguro de hacer progresos en su arte.—Homero no pudo ni aun sospechar la admirable pintura de los amores de Dido; pero de Homero á Apolonio, el tiempo habia ocasionado cambios en las costumbres que produjeron el cuadro de la pasion de Medea inspirada por Jason: esta pintura de los combates de la inocencia y del pudor contra los atractivos del primer amor, tiene una frescura y una gracia de que carece la viuda de Sichéo; y si el carácter del héroe impidió á Virgilio adornar su episodio, lo que añade al poeta griego,

y sobre todo, la elocuencia de la pasion, colocan á la imitacion en una posicion muy superior al original. El autor de la Eneida mutila la Iliada, algunas veces la imita de una manera poco juiciosa, pero otras la corrige con mucha felicidad. Homero conservará siempre el primer lugar, pero Virgilio sin elevarse á la misma altura, tendrá la gloria de haber dado mas de una vez buen juicio á su maestro, y la Eneida aunque inferior á la Iliada, y aun á la Odisea, bajo muchos aspectos, no deja de marcar un progreso en el entendimiento humano.—No hay tragedia latina, y en cuanto á la comedia, solo Aristófanes representa á toda la Grecia, pues que nos faltan Menandro y sus rivales; Aristófanes tenia un bello ingenio, que Platon no dejó de conocer: frecuentemente elevó el tono y el fin de la comedia, y no carecia de buenas intenciones políticas; encuéntranse en sus obras coros admirablemente poéticos, pinturas verdaderas del corazon humano y rasgos de sátira la mas mordaz; pero algunas veces es obsceno y aun asqueroso, lo cual desmiente á la reputacion del pueblo ateniense en punto á delicadeza y buen gusto, pues hoy ciertamente nadie se atreveria ni aun en los mas viles corrales á recitar libremente infamias semejantes á las que toleraban los griegos en el magestuoso teatro de Sófocles. Aristófanes con sus buenas cualidades, así como con sus defectos, no podria hacer contrapeso á Plauto y Terencio; pero las obras de estos dos poetas, y en especial las del segundo, manifiestan en todo una imitacion que es casi un plagio; este hecho, y la expresion tan conocida de César, *dimidiare Menander*, aplicada á Terencio, espresa claramente que es preciso que Roma ceda la palma á Atenas. Otro tanto sucede en el género cultivado por Cátulo, Tibullo y Propercio, y conforme á su propio voto, les eran superiores, Safo, Simónides, Alcea y Philetas; no obstante, dudo, segun su modo de sentir el amor, que ninguno de estos poetas haya unido, como el cantor de Lesbia, la vivacidad de imaginacion, el modelo de la cortesía y la jocosidad, á la elocuencia y á la mas dulce sensibilidad, y aun puede creerse que la ternura, el encanto y la melancolia de Tibullo, dones particulares de la naturaleza, al hermano de Virgilio en poesia, no debieron nada á la Grecia; en cuanto á Propercio, algunas de sus composiciones respiran una fuerza, una grandezza y una gravedad que no he encontrado en ningun escritor griego. Chaulieu, Bertin y Parny, no poseyeron el don de la poesia en el mismo grado que estos hombres famosos;

pero el amante de Eleonor profirió acentos que vibrarán eternamente en los corazones. Le Brun era insensible al mérito de Parny, mas este fué bien vengado por las elegias del ambicioso rival de Pindaro.—Las mugeres entre los griegos cultivaron el género erótico y aun algunos otros; por desgracia el tiempo no ha conservado ninguna de las obras que formaban su fama; pero toda la antigüedad comprueba que los modernos en este punto han hecho una inmensa pérdida, y el nombre de Safo, de quien no nos quedan mas que algunos versos, resonará eternamente. Despues de M^{me}. Deshoulières, que poetizó dos ó tres veces en su vida, pero sin los dones sagrados, han brillado en Francia algunas mugeres con mucho esplendor, estando colocada á su frente M^{me}. Dufresnoi, discípula de Tibulo y de Propertio, alimentada con Horacio y Virgilio, cuya lengua poseía, y formada en la escuela del siglo XVII, tiene una correccion rara, una elegancia clásica y un gusto puro y delicado. Un célebre escritor le concede la gloria de ser la primera muger en Francia que haya verdaderamente conocido y practicado con talento el difícil arte de la versificación; y aunque tiene alguna afectacion, no carece de elocuencia cuando se deja arrastrar por las impresiones de un corazon ardiente y sensible; pero puede echársele en cara que escribiendo como hombre hábil, abandona el carácter distintivo del su sexo. La señorita Delfina Gay (hoy M^{me}. de Girardin) deseosa desde muy temprano de inscribir su nombre entre los de las mugeres dotadas de talento poético, manifestó desde un principio contrastes muy singulares: inspiraciones frescas como la mas lozana juventud, y sentimientos de otra edad que solo pueden ser adivinados: aparece á veces como una niña que juega con el amor, como con un dios desconocido; otras como si hubiera experimentado aquellas delicias mezcladas con la amargura de que habla Cátulo con tan tristes recuerdos: poco despues, y sin embargo muy jóven aun la señorita Delfina Gay, se atrevió á levantar el velo que ocultaba las nacientes emociones de su corazon virginal; pero las musas indulgentes, á pesar de su reputacion de severidad, concedieron gustosas á su discípula el perdon de estas indiscreciones llenas de encanto y de gracia: la señorita Gay se distingue tambien por sus valientes rasgos, por su precision, por su elegancia y por su estilo: trabaja con calor y con cierto entusiasmo que procede de la pasion de adquirir celebridad; pero se conoce que se fatiga, y uno quisiera no

percibir nunca semejantes esfuerzos en una muger: no obstante, tiene momentos de abandono, en los cuales suele hacer vibrar las cuerdas mas sensibles del corazon. Hay grandes esperanzas en la señorita Gay si cultiva su talento, y sobre todo, si sigue algunos consejos severos é ilustrados que es capaz de oír y de poner en práctica. M^{me}. Desbordes-Valmore es siempre muger, y solo muger en poesia, este es su carácter distintivo. Nunca habiamos encontrado en los versos de las émulas de Corina y de Safo, que le precedieron, esos rasgos imprevistos, esa ingeniosa sencillez, esos misterios medio revelados, ese abandono lleno de encanto y esa dulce fantasia que dan tanto realce, tanta agudeza y originalidad á las mugeres poseídas del amor, y para colmo de dicha, parece que se oye la voz de una muger en la melodía de sus versos.—Sin repudiar la inagotable fuente del amor, dominio de su sexo, otra muger de nuestros dias toma tambien sus argumentos en otro órden de ideas. M^{me}. Tassu, á quien distinguen la pureza, el candor, la calma de una alma serena, la elevacion de sentimientos, una inteligencia viva y dotada de un juicio recto, lo cual es una superioridad, una fantasia meditada, una melancolía natural y mezclada de algunos recuerdos que no carecen de amargura, acerca de las vanas promesas de dicha con que la sociedad abusa de los corazones crédulos y confiados. Mugere madre y poetisa, ella canta las delicias del amor maternal, la cuna de la niñez, la marcha rápida de los años, los recuerdos de la juventud, las impresiones religiosas y los dones misteriosos de la poesia; sus elegias tienen un sello de inocencia y pureza que forma su principal atractivo: algun dia se le llamará la Musa casta, el mas hermoso nombre que puede darse á una muger.—Ya los ingleses lo dan y pueden darlo á M^{me}. Felicia Hemans su compatriota, quien nunca ha puesto en sus escritos sino pensamientos que las mugeres pueden aprobar en alta voz, y que los hombres no temen alabar delante de ellas. La gravedad, la unción, la religiosidad en las ideas, la pureza sin mancha, la nacionalidad exaltada y el amor á la patria tan tierno como las afecciones de familia, son los caracteres de la poesia de M^{me}. Hemans, cuyo talento se distingue por un conocimiento profundo del valor de las palabras de su lengua maternal, por su pureza y elegancia, y por aquella gracia melancólica que causa un encanto inexplicable. El estilo de M^{me}. Hemans es tan exclusivamente inglés, que sus obras son intraducibles.

Miss Landon, dotada de una alma tierna, de una imaginacion movible, y de una viva sensibilidad, cultiva la poesia con un éxito muy favorable; encuéntrase en esta jóven afecciones de familia y sentimientos apasionados de gloria, toda la variacion de emociones que pueden vibrar en una alma de artista, y agitar una vida literaria, el vacio de la gloria, el amor, en fin, el amor puro apasionado, fiel, pero desgraciado, pagado con la indiferencia, estrellado por la inconstancia y destruido por la muerte. La pintura de las pasiones es toda la poesia de Miss Landon; ellas han puesto su sello á todas sus creaciones, de modo que sus obras llenas de interés, no pueden leerse sin regarlas con algunas lágrimas, y desear vivamente ser amado por una muger tan capaz de sentir las mas dulces relaciones de los corazones, y de tomar parte en los dolores mas vivos de un ser sensible. Para disputar el premio del poema lirico, Horacio permanece solo en presencia de Pindaro, pero lo que poseemos del cantor de los juegos olímpicos, no podrá igualar á la pieza, cuyo principio es: *Qualem ministrum fulminis alitem*, oda en que están el genio, la historia, las costumbres y el carácter de Roma. Si la naturaleza hubiera dotado á Montesquieu de ingenio poético, habria pintado del mismo modo á la señora del mundo. Aunque los romanos tuviesen á los griegos un respeto supersticioso que alucinó su razon, nosotros debemos creer el juicio de Horacio acerca de los maestros de que se hizo respetuoso discípulo, marcando un intervalo inmenso entre ellos y él. En cuanto á la poesia filosófica, Horacio es el único en la antigüedad, por la esquisita mezcla de juicio, de ingenio, de gracia y de urbanidad que distingue sus epístolas. Horacio es el Luciano de la poesia, pero con mas recato, medida y buen gusto. Podria caracterizarse la obra de Lucrecio, diciendo que es un poema escrito por un romano, en cuyos versos se notan la aspereza y la austeridad de su pais, con los ricos adornos y las gracias de una imaginacion ateniense, pero no con la perfeccion de estilo de sus maestros, y puede compararse á un trozo del mas esquisito mármol, cuya parte superior es un dios de mano de Phidias, y el resto una informe masa apenas desatada por el cincel. Entre los modernos, no se encuentra en el poema filosófico nada tan elevado como la obra de Lucrecio, y nada tan acabado como las *Geórgicas* de Virgilio: si Delille no es un poeta de primer órden como Lucrecio, si no se remonta como él con un vue-

lo de águila, reemplaza con el brillo de los colores, con la riqueza y la variedad de estilo, y con otra porcion de bellezas lo que le falta de alta y profunda inspiracion, y si su poema de la imaginacion fuera trasmitido á nuestra edad por los antiguos, seria objeto de los mayores elogios. En las *Estaciones* de Thompson brilla la poesia en las descripciones, y el encanto en la pintura de los sentimientos: el patriotismo del autor que no alaba mas que las grandes virtudes y los grandes servicios hechos á la libertad, nos inspira una simpatía mucho mas viva que el patriotismo de Virgilio, que profana la santa poesia con el elogio de César y de Augusto, y no se atreve á acusar á Sylla. Ovidio es todavia mas poeta griego que Lucrecio: sus *Metamórfosis* forman una serie de encadenamientos semejantes á los de Armida, y parece que no han costado mas esfuerzos que los prodigios creados por la amante de Reinaldo. El mérito de la composicion, las ingeniosas analogías, el arte de las transiciones, la variedad de tonos, el talento de recrear el entendimiento y de conmover el corazon, y el de comunicar ya un dulce interés hácia un objeto, ó ya de hacerlo enteramente dramático, se reunen para hacer á esta obra única en la literatura. Los modernos ni tienen ni podian tener un Ovidio, pero tienen un Ariosto, y el *Orlando furioso* sobrepaja en mucho á las *Metamórfosis* por su variedad, su riqueza poética y el arte de interesar al lector, aun impacientándolo frecuentemente, interrumpiendo relaciones y escenas que ocupan toda su atencion. La obra de Ariosto no solo es digna de ponerse en paralelo con las *Metamórfosis*, pues en algunos puntos rivaliza con la *Iliada*, y es en su conjunto el modelo de la epopeya heróica y de la cómica reunidas en una misma composicion. Hemos perdido las obras de Lucilio, pero Horacio y Juvenal, que se parecen tan poco, son en la sátira modelos que no tienen semejantes. El segundo de estos poetas se distingue como Tácito, por una especie de bellezas grandes y sublimes, desconocidas en la escuela griega. No omitiremos el notar que el pintor de Tiberio ha hecho con solo la verdad, una sátira del hombre mucho mas enérgica y profunda, que los retratos, hijos de la cólera de Juvenal, que nos hacen dudar algunas veces de su conviccion. Despues de haber leído á Tácito, no se encuentran ya hipóboles en Juvenal. Apesar de Tito Livio, Sallustio y Tácito, algunos críticos podrian vacilar en recusar la superioridad histórica á Herodoto, Tucídides y Xenofonte; no obstante,

pero el amante de Eleonor profirió acentos que vibrarán eternamente en los corazones. Le Brun era insensible al mérito de Parny, mas este fué bien vengado por las elegías del ambicioso rival de Píndaro.—Las mugeres entre los griegos cultivaron el género erótico y aun algunos otros; por desgracia el tiempo no ha conservado ninguna de las obras que formaban su fama; pero toda la antigüedad comprueba que los modernos en este punto han hecho una inmensa pérdida, y el nombre de Safo, de quien no nos quedan mas que algunos versos, resonará eternamente. Despues de M^{me}. Deshoulières, que poétizó dos ó tres veces en su vida, pero sin los dones sagrados, han brillado en Francia algunas mugeres con mucho esplendor, estando colocada á su frente M^{me}. Dufresnoi, discípula de Tibulo y de Propertio, alimentada con Horacio y Virgilio, cuya lengua poseía, y formada en la escuela del siglo XVII, tiene una correccion rara, una elegancia clásica y un gusto puro y delicado. Un célebre escritor le concede la gloria de ser la primera muger en Francia que haya verdaderamente conocido y practicado con talento el difícil arte de la versificación; y aunque tiene alguna afectacion, no carece de elocuencia cuando se deja arrastrar por las impresiones de un corazon ardiente y sensible; pero puede echársele en cara que escribiendo como hombre hábil, abandona el carácter distintivo del su sexo. La señorita Delfina Gay (hoy M^{me}. de Girardin) deseosa desde muy temprano de inscribir su nombre entre los de las mugeres dotadas de talento poético, manifestó desde un principio contrastes muy singulares: inspiraciones frescas como la mas lozana juventud, y sentimientos de otra edad que solo pueden ser adivinados: aparece á veces como una niña que juega con el amor, como con un dios desconocido; otras como si hubiera experimentado aquellas delicias mezcladas con la amargura de que habla Cátulo con tan tristes recuerdos: poco despues, y sin embargo muy jóven aun la señorita Delfina Gay, se atrevió á levantar el velo que ocultaba las nacientes emociones de su corazon virginal; pero las musas indulgentes, á pesar de su reputacion de severidad, concedieron gustosas á su discípula el perdon de estas indiscreciones llenas de encanto y de gracia: la señorita Gay se distingue tambien por sus valientes rasgos, por su precision, por su elegancia y por su estilo: trabaja con calor y con cierto entusiasmo que procede de la pasion de adquirir celebridad; pero se conoce que se fatiga, y uno quisiera no

percibir nunca semejantes esfuerzos en una muger: no obstante, tiene momentos de abandono, en los cuales suele hacer vibrar las cuerdas mas sensibles del corazon. Hay grandes esperanzas en la señorita Gay si cultiva su talento, y sobre todo, si sigue algunos consejos severos é ilustrados que es capaz de oír y de poner en práctica. M^{me}. Desbordes-Valmore es siempre muger, y solo muger en poesía, este es su carácter distintivo. Nunca habiamos encontrado en los versos de las émulas de Corina y de Safo, que le precedieron, esos rasgos imprevisos, esa ingeniosa sencillez, esos misterios medio revelados, ese abandono lleno de encanto y esa dulce fantasia que dan tanto realce, tanta agudeza y originalidad á las mugeres poseídas del amor, y para colmo de dicha, parece que se oye la voz de una muger en la melodía de sus versos.—Sin repudiar la inagotable fuente del amor, dominio de su sexo, otra muger de nuestros dias toma tambien sus argumentos en otro orden de ideas. M^{me}. Tassu, á quien distinguen la pureza, el candor, la calma de una alma serena, la elevacion de sentimientos, una inteligencia viva y dotada de un juicio recto, lo cual es una superioridad natural y mezclada de algunos recuerdos que carecen de dicha con que la sociedad abusa de los corazones crédulos y confiados. Mugers madre y poetisa, ella canta las delicias de amor maternal, la cuna de la niñez, la marcha rápida de los años, los recuerdos de la juventud, las impresiones religiosas y los dones misteriosos de la poesía; sus elegías tienen un sello de inocencia y pureza que forma su principal atractivo: algun dia se le llamará la Musa casta, el mas hermoso nombre que puede darse á una muger.—Ya los ingleses lo dan pueden darlo á M^{me}. Felicia Hemans su compatriota, quien nunca ha puesto en sus escritos sino pensamientos que las mugeres pueden aprobar en alta voz, y que los hombres no temen alabar delante de ellas. La gravedad, la unción, la religiosidad en las ideas, la pureza sin mancha, la nacionalidad exaltada y el amor á la patria tan tierno como las afecciones de familia, son los caracteres de la poesía de M^{me}. Hemans, cuyo talento se distingue por un conocimiento profundo del valor de las palabras de su lengua maternal, por su pureza y elegancia, y por aquella gracia melancólica que causa un encanto inexplicable. El estilo de M^{me}. Hemans es tan exclusivamente inglés, que sus obras son intraducibles.

Miss Landon, dotada de una alma tierna, de una imaginacion movible, y de una viva sensibilidad, cultiva la poesía con un éxito muy favorable; encuéntrase en esta jóven afecciones de familia y sentimientos apasionados de gloria, toda la variacion de emociones que pueden vibrar en una alma de artista, y agitar una vida literaria, el vacio de la gloria, el amor, en fin, el amor puro apasionado, fiel, pero desgraciado, pagado con la indiferencia, estrellado por la inconstancia y destruido por la muerte. La pintura de las pasiones es toda la poesía de Miss Landon; ellas han puesto su sello á todas sus creaciones, de modo que sus obras llenas de interés, no pueden leerse sin regarlas con algunas lágrimas, y desear vivamente ser amado por una muger tan capaz de sentir las mas dulces relaciones de los corazones, y de tomar parte en los dolores mas vivos de un ser sensible. Para disputar el premio del poema lirico, Horacio permanece solo en presencia de Píndaro, pero lo que poseemos del cantor de los juegos olímpicos, no podrá igualar á la pieza, cuyo principio es: *Qualem ministrum fulminis alitem*, oda en que están el genio, la historia, las costumbres y el carácter de Roma. Si la naturaleza hubiera dotado á Montesquieu de ingenio poético, habria pintado del mismo modo á la señora del mundo. Aunque los romanos tuviesen á los griegos un respeto supersticioso que alucinó su razon, nosotros debemos creer el juicio de Horacio acerca de los maestros de que se hizo respetuoso discípulo, marcando un intervalo inmenso entre ellos y él. En cuanto á la poesía filosófica, Horacio es el único en la antigüedad, por la esquisita mezcla de juicio, de ingenio, de gracia y de urbanidad que distingue sus epístolas. Horacio es el Luciano de la poesía, pero con mas recato, medida y buen gusto. Podria caracterizarse la obra de Lucrecio, diciendo que es un poema escrito por un romano, en cuyos versos se notan la aspereza y la austeridad de su país, con los ricos adornos y las gracias de una imaginacion ateniense, pero no con la perfeccion de estilo de sus maestros, y puede compararse á un trozo del mas esquisito mármol, cuya parte superior es un dios de mano de Phidias, y el resto una informe masa apenas desatada por el cincel. Entre los modernos, no se encuentra en el poema filosófico nada tan elevado como la obra de Lucrecio, y nada tan acabado como las *Geórgicas* de Virgilio: si Delille no es un poeta de primer orden como Lucrecio, si no se remonta como él con un vuer-

lo de águila, reemplaza con el brillo de los colores, con la riqueza y la variedad de estilo, y con otra porcion de bellezas lo que le falta de alta y profunda inspiracion, y si su poema de la imaginacion fuera trasmitido á nuestra edad por los antiguos, seria objeto de los mayores elogios. En las *Estaciones* de Thompson brilla la poesía en las descripciones, y el encanto en la pintura de los sentimientos: el patriotismo del autor que no alaba mas que las grandes virtudes y los grandes servicios hechos á la libertad, nos inspira una simpatía mucho mas viva que el patriotismo de Virgilio, que profana la santa poesía con el elogio de César y de Augusto, y no se atreve á acusar á Syla. Ovidio es todavía mas poeta griego que Lucrecio: sus *Metamorfosis* forman una serie de encadenamientos semejantes á los de Armida, y parece que no han costado mas esfuerzos que los prodigios creados por la amante de Reinaldo. El mérito de la composicion, las ingeniosas analogías, el arte de las transiciones, la variedad de tonos, el talento de recrear el entendimiento y de conmover el corazon, y el de comunicar ya un dulce interés hácia un objeto, ó ya de hacerlo enteramente dramático, se reunen para hacer á esta obra única en la literatura. Los modernos ni tienen ni podian tener un Ovidio, pero tienen un Ariosto, y el *Orlando furioso* sobrepaja en mucho á las *Metamorfosis* por su variedad, su riqueza poética y el arte de interesar al lector, aun impacientándolo frecuentemente, interrumpiendo relaciones y escenas que ocupan toda su atencion. La obra de Ariosto no solo es digna de ponerse en paralelo con las *Metamorfosis*, pues en algunos puntos rivaliza con la *Iliada*, y es en su conjunto el modelo de la epopeya heróica y de la cómica reunidas en una misma composicion. Hemos perdido las obras de Lucilio, pero Horacio y Juvenal, que se parecen tan poco, son en la sátira modelos que no tienen semejantes. El segundo de estos poetas se distingue como Tácito, por una especie de bellezas grandes y sublimes, desconocidas en la escuela griega. No omitiremos el notar que el pintor de Tiberio ha hecho con solo la verdad, una sátira del hombre mucho mas enérgica y profunda, que los retratos, hijos de la cólera de Juvenal, que nos hacen dudar algunas veces de su conviccion. Despues de haber leído á Tácito, no se encuentran ya hipérbolos en Juvenal. Apesar de Tito Livio, Sallustio y Tácito, algunos criticos podrian vacilar en recusar la superioridad histórica á Herodoto, Tucídides y Xenofonte; no obstante,

las décadas de Tito Livio nos desarrollan un vasto cuadro, cuya magnificencia impone. Aun guardando las supersticiones, la razón ha hecho muchos progresos en las relaciones del escritor, que Augusto llamaba el pompeyano. Exceptuando dos declamaciones ambiciosas, habla mejor Salustio, como hombre de estado, que sus maestros; su narración es un modelo de rapidez, concisa, sin afectación ni oscuridad. En cuanto á Tácito, Racine lo ha señalado su lugar, llamándole el mas grande de los pintores del corazón humano. Ni el siglo de Homero ni el de Pericles, habrían podido concebir un Tácito; era preciso que vinieran Tiberio, Neron, Domiciano, Agripina y Germánico, para que tuviésemos nuevos anales del hombre.

Fenelon daba el premio de la elocuencia á Demóstenes, no apelaré del juicio de autoridad tan imponente: si, Demóstenes es á mi modo de ver el príncipe de la elocuencia, y la tribuna parlamentaria debe tratar siempre de tomar el vigor, la concisión, el recto juicio, la argumentación, el poder dramático y la soberana autoridad de las palabras del vencedor de Esquines. Verdaderamente Demóstenes estaba creado para regir á un pueblo desde la tribuna. Sigamos, pues, la escuela de Demóstenes, mas bien que la de Ciceron, así servire-

mos mejor á los intereses de la causa sagrada consultando al primero mejor que al segundo de estos modelos. ¿Pero tuvo la Grecia un ingenio tan bello como el orador romano? Cuánta fama no merece Ciceron! Cuántos dotes no encerraba en sí, cuántas facultades, cuantos conocimientos y cuántas luces de que carecía Demóstenes! Si no tiene la audacia hermética y la sencillez del príncipe de los oradores, si frecuentemente juega con las palabras que parecen rayos en boca de Demóstenes ¿no posee en cambio mas riqueza, mas fecundidad, y sobre todo, mas ternura? El ha hecho como Virgilio con respecto á Homero, frecuentemente ha dado mas alma á la elocuencia: ¡cuántas lágrimas no nos arranca por la muerte de Graciano! Cuán poderosas son sus palabras, haciendo caer de las manos de César la sentencia de muerte de Ligario! Cuán terrible se muestra contra Antonio el lugar-teniente, el amigo, el vengador de César! Con qué placer encontramos en los diálogos filosóficos á los hombres mas grandes de la república, departiendo juntos sobre los objetos mas eminentes del universo: la virtud, la patria y los dioses! Roma debió su Ciceron á la antigua Grecia, pero esta no produjo un Ciceron en su seno.

(Concluirá.)

DE LOS VOLCANES.



ALGUNOS geólogos del siglo pasado consideraron los fenómenos volcánicos como producidos por la combustión espontánea de las piritas ferruginosas encerradas en el interior del globo; cuya hipótesis se fundaba en una experiencia curiosa, conocida con el nombre de *Volcan de Lemery*. Esta experiencia consiste en colocar en un agujero hecho en la tierra, una mezcla de 60 partes de limadura de fierro y 40 de azufre en polvo, humedecida con la cantidad de agua suficiente para formar una pasta poco espesa; la que al cabo de cierto tiempo se hincha, se calienta, se resquebra y comienza á exhalar vapores gaseosos, acabando por inflamarse con una explosión mas ó menos

violenta, acompañada de la proyección en el aire de fragmentos de fierro en ignición. Bastante analogía existe en verdad, entre estos fenómenos interesantes y los que presentan los volcanes en sus sorprendentes erupciones; pero esta analogía no es mas que aparente, porque la experiencia solo se verifica cuando está el fierro en estado metálico, que es puntualmente como no se encuentra en el interior de la tierra, en donde permanece siempre combinado con el oxígeno ó con otros cuerpos.

Sir H. Davy procuró despues dar una explicación de las erupciones, fundándose en que existen metales capaces de inflamarse espontáneamente por el solo contacto del aire ó del agua, tales como el potasio y el sodio; y supone que en los primeros tiempos, en que existían estos metales en gran cantidad sobre la

tierra, se encendieron de este modo y formaron un todo en ignición, cuya superficie se convirtió despues en una costra mas ó menos espesa de cuerpos quemados: que las aguas en seguida se esparcieron sobre esta primera capa sólida, penetraron al través de sus grietas y fueron á determinar nuevas descomposiciones, obrando sobre los metales que se hallaban en el interior, de lo cual se originaron elevaciones de terreno y erupciones volcánicas. De este modo explica porqué debieron ser estas mas frecuentes en los tiempos antiguos, é infiere que irán siendo mas y mas raras, á medida que aumente de espesor la capa superficial de la tierra. H. Davy cita en apoyo de su opinión, la naturaleza de los gases que exhalan los cráteres de los volcanes, pues son precisamente los que resultan de la descomposición del agua por los metales; pero sin embargo, se objeta contra su teoría que el grado mas alto á que puede elevarse la temperatura de la tierra, se encontraría entonces á una profundidad determinada, en cuyo punto estaria la combustión en actividad, y tendrían su origen las erupciones; y que de allí en adelante debería ir disminuyendo progresivamente con la profundidad esa temperatura, lo cual es contrario á los hechos observados.

En el día la opinión que parece reunir mayor número de partidarios es la de Cordier, que consiste en mirar los fenómenos volcánicos como producidos por la irrupción fortuita ó periódica del agua del mar sobre las materias centrales de la tierra, que el calor interno del globo mantiene en un estado constante de fusión, opinión que Gay-Lussac ha esforzado con sus importantes consideraciones sobre la naturaleza de las sustancias salinas arrojadas por los volcanes.

Cordier piensa que al principio estuvo la tierra en un estado completo de fusión, al cual y al movimiento circular, es debido su aplanamiento hácia los polos; y supone que su superficie exterior se enfrió y solidificó por el contacto del aire, mientras que su interior permaneció mas ó menos fundido, en proporción de su distancia al centro. Y en efecto, las numerosas experiencias hechas en las minas, parecen probar que el calor interno del globo aumenta en proporción directa de la profundidad, y segun las observaciones termométricas hechas en el Observatorio de Paris, se puede apreciar este aumento, en un grado por cada 30 metros de profundidad; de suerte, que calculando segun estos datos, se encontrará á 2.200 metros una profundidad igual á la del

agua hirviendo, y á una distancia muy pequeña con relación al radio de la tierra, un calor suficiente para mantener fundidos todos los metales y una gran parte de las rocas. Si suponemos que este calor sea de diez grados del pirómetro de Wedgwood, y calculamos como antes, veremos que se halla á 200.000 metros, es decir, á una distancia igual á un 37 avo del radio terrestre; pero si se atiende á la naturaleza de las lavas y al poco tiempo que media entre los síntomas que indican las erupciones y el en que se verifican, será preciso concluir que la fluidez central comienza á una profundidad menor.— Se sabe además que la densidad de la tierra aumenta tambien con la profundidad, de suerte que su interior no puede estar compuesto de sustancias minerales, cuya densidad es mucho mayor que la de los cuerpos que constituyen su superficie. Así es que por todo lo espuesto se debe admitir que el interior del globo está formado de sustancias metálicas en estado de fusión.

Esta hipótesis de la fluidez actual de la masa interna y de la acción que sobre ella ejercen las aguas del mar, se presta admirablemente á la explicación de los hechos observados; pues si consideramos que al llegar estas aguas sobre los metales y demas sustancias en ignición que ocupan el interior del globo, debe haber una gran descomposición, concebiremos la formación de multitud de gases, cuya presión inmensa se ejerce contra las paredes interiores de la capa superficial terrestre; comprendemos facilmente los fenómenos de las erupciones, como los temblores de tierra, las elevaciones de terrenos, las dislocaciones de montañas y la formación de aberturas y hundimientos en la superficie del globo, así como tambien la de esos vastos respiraderos por donde arrojan los volcanes sus lavas, sus llamas y sus gases, la desolación y la muerte.

La hipótesis de que se trata explica tambien la identidad de las lavas arrojadas sobre diversos puntos de la tierra, aun los mas distantes, y su semejanza con las rocas de los terrenos que parecen haber sido formados por elevación. En fin, explica igualmente el calor de las fuentes termales, su composición salino-mineral y los gases que contienen. Aun es preciso observar que los volcanes, exceptuando dos situados en el Asia central, y cuya existencia es dudosa, están colocados casi todos á una distancia muy pequeña de las riveras del mar: esta notable disposición, así como la abundancia de cloruros y aun de sal marina, encontrados entre los productos volcánicos, no